

nera que la común á cualquier idioma. Y por cuanto esto se sigue de la naturaleza misma de las lenguas, toda *filosofía* de la *propiedad* de los nombres, sea que se aplique á la lengua primera, sea que se diga de cualquier otra, es puramente fantástica é inadmisibile. Y es que no existe nombre alguno que sea tal por su naturaleza como dijo Aristóteles, φύσει τῶν ὀνομάτων οὐδέν ἐστι (Periherm. 2), pues de otra suerte la lengua sería innata, y la variedad de idiomas una cosa contradictoria. Todo nombre es como designación de cada objeto en su *totalidad*, un verdadero *pseudónimo*. En este sentido no cabe presentar como una excepción que cada nombre que impuso Adán á las cosas *ese es su nombre*, por lo mismo que en cierto sentido lo son los de todas las lenguas, y en otro sentido no pueden serlo los de ninguna. A sostener ese equivocado concepto de un *privilegio* para la lengua primitiva, singularmente entre los teólogos y escritores eclesiásticos, contribuyó no poco la doctrina atribuida á Pitágoras sobre la sabiduría que revelaba el hecho de la denominación primera; doctrina que alterada por los neoplatónicos, y de ellos tomada por los escritores latinos, en especial por Cicerón (Tusc. I), que la divulgó, según hemos visto al tratar de la *naturaleza de la Glotología greco-romana* (t. I, c. VI), vino repitiéndose tradicionalmente (1). En el lugar citado del tomo I de esta obra, hemos dicho ya lo que se ha de juzgar del aludido *akusma* pitagórico, y cuáles sean las diferencias con que aparece á través de las enseñanzas de Jamblico (*De vita Pitag.*), de Teodoto (*Excerpt. Theod.* de Clemens), y de Proclo (*Comm. in Tim.*) De lo allí expuesto se deduce que siendo la interpretación más verosímil del *akusma* la que hace Jamblico, no cabe pensar en que Pitágoras ni remotamente tratase de calificar la *sabiduría* del hombre primero que impuso nombre á los objetos, sino que señaló simple-

(1) Expresión de ella son, además del texto atrás indicado de Filón, y de otros varios que sería fácil referir, estas palabras de San Agustín, calcadas sin duda alguna en el lugar aludido de Marco Tulio: "Nam ipse Pythagoras, a quo philosophiae nomen exortum est, dixisse fertur, illum fuisse omnium sapientissimum qui vocabula prius iudidit rebus." (*Op. imp.* l. V). Como S. Agustín hablan otros Padres, y no pocos teólogos al tratar de los dones y privilegios del primer hombre.

mente entre las cosas de más *sabiduría*, y por ello dignas de más profunda investigación, el *número*, y luego la *correspondencia entre palabras é ideas*, de tal suerte que éstas se tradujesen en aquellas y aquellas en éstas. Todo lo cual ninguna relación guarda con la *filosofía* del lenguaje del primer hombre, por más que desde Marco Tulio se venga afirmando lo opuesto sin reparos. Basta una somera lectura del texto de Jamblico para persuadirse de que no se trata allí de una *persona*, sino de una *cosa*; no se pregunta τίς σοφώτατος, *quien el más sabio*, sino τί τὸ σοφώτατον, *qué cosa la de más sabiduría*, y en el mismo sentido de *cosa* y no de *persona* (τὸ τιθέμενον), se da la respuesta consabida. (Véase t. I, l. cit.)

En el decurso de nuestra exposición doctrinal en este libro hemos tenido ocasión de presentar larga serie de opiniones y doctrinas, ya más ó menos improbables, ya positivamente inaceptables, entre ellas algunas cuya influencia y mayor alcance en la Ciencia del Lenguaje se hizo sentir por modo singular, debido á su significación lingüística y en buena parte á la fe ciega con que fueron recibidas con carácter axiomático y no discutible. Son estas las que, recordando frase de Bacón, si bien no al mismo propósito, la cual frase reproduce Sayce, y aplicada á ciertas teorías psíquico-lingüísticas emplea el en otro lugar mencionado Caramuel, pudieran denominarse *ídolos glotológicos*. A este género-pertenecen en el *advenimiento y constitución* de la Filología comparada, la teoría del sanscritismo como *lengua madre* de la familia indo-europea; la del *crecimiento orgánico y no orgánico* de las lenguas introducido por Schlegel, y las doctrinas boppianas originarias de la escuela semítica holandesa sobre el tipo glotológico ario. En los *métodos glotológicos*, los procedimientos del *realismo absoluto* y del *nominalismo puro* aplicados á la lingüística. En la *Glotología fonética*, el *simbolismo* de los fonemas en sus varios aspectos, la teoría del *guna*, y la reconstrucción fonética del ario primitivo. En la *Glotología morfológica*, las teorías del *realismo* y del *idealismo* sobre la *naturaleza* de las raíces, las *clases* de raíces dentro del *dualismo* pronominal y verbal, ó del *monismo* verbal-nominal en sus varias formas, y la teoría de la *aglutinación* (en su acepción común) como principio genético exclu-

sivo de la formación de palabras flexivas. En la *Glología psíquica*, los extremos antiguos y modernos del realismo é idealismo en orden á la palabra, y demás doctrinas que quebrantan el nexa legítimo *ideal-verbal* en el lenguaje. En la *Glología histórica*, la afirmación *a priori* de los troncos independientes, la uniformidad absoluta originaria del tronco ario, la hipótesis del origen asiático de los *arios*, y la identificación del *preario*, *protoario* y *expansión aria*. En las *Fases glológicas* la teoría de los *tipos fijos*, y la identificación de la reductibilidad ó irreductibilidad de las lenguas con el monogenismo ó poligenismo originario. En cuanto al *origen del lenguaje*, y *lenguaje primitivo*, las diversas doctrinas y opiniones que en este mismo capítulo impugnamos, y cuya trascendencia puede desde luego colegirse sin dificultad. Pero á todos estos, y á otros *ídolos menores* de que, como de los mencionados, nos hemos ocupado en el decurso de nuestro trabajo, resta añadir un *ídolo glológico* que privó largo tiempo entre los cultivadores de la Ciencia del Lenguaje, y puede decirse nacido bajo los auspicios de ella; es el *ídolo* de los *mitos* en las religiones arias, explicados por *transformaciones lingüísticas*. De todos los demás hemos tratado en sus lugares respectivos. Réstanos, pues, consagrar algunos párrafos á este último, á fin de completar nuestro trabajo, y presentar también al lector los extremos á donde se ha pretendido llevar los dominios de la Filología comparada.

Conviene desde luego hacer notar que aunque el problema de los orígenes de los mitos aparece asociado al estudio de las religiones en la antigüedad, en manera alguna pueden identificarse las ideas religiosas y las ideas mitológicas ni en su formación ni en sus comienzos y evoluciones históricas á través del paganismo ario. La religión nacida de la conciencia moral y de la subordinación racional del hombre á un Ser supremo, nada ha tenido que ver con las transformaciones de las concepciones plásticas del mundo físico con las cuales comienzan las leyendas poéticas primero, luego mitológicas en los antiguos pueblos, como reconocen los más decididos partidarios de la Mitología comparada, sin exceptuar á Max Müller, y evidenciaron ya según veremos, no pocos hombres ilustres del clasicismo helénico, al

combatir las fábulas que invadían las creencias populares y desfiguraban las tradiciones religiosas (1).

Esta invasión de elementos extraños á los principios de religión y las ideas con frecuencia antitéticas que se ofrecían en la confusa mezcla religioso-mitológica fueron justamente los motivos primeros de los ensayos exegéticos de mitología antigua, hechos con el fin de explicar en cuanto cupiese la formación de los mitos y de conciliarlos con los dictámenes de la razón en orden á la Divinidad. Coadyuvando á dichos motivos aparecieron otros varios con ellos enlazados: razones *filosóficas* que en cada escuela y en cada sistema llevaban á plantear los

(1) Merece ser recordada la clasificación que Varrón hace de las doctrinas religiosas entre los romanos, en *míticas*, *físicas* y *sociales*. "Mithycon, quo maxime utuntur poetae; physicon quo phylosophi; civile quo populi." En el primer género comprende las invenciones de la fantasía: "in eo sunt multa contra dignitatem et naturam immortalium ficta... ut dii furati sint, ut adulteraverint, ut servierint homini." En el segundo, la labor racional y científica sobre las divinidades: "qui dii sint, ubi, quod genus... an a sempiterno fuerint, an ex igne sint ut credit Heraclitus, an ex numeris ut Pythagoras, an ex atomis ut ait Epicurus." En la tercera clase coloca la parte práctica y de observancia pública: "quod in urbibus cives, maxime sacerdotes, nosse et administrare debent. In quo est, quos deos publice colere, quae sacra et sacrificia facere quemque par sit."

Esta última manera de mitologías fué la connatural á los romanos, los cuales por las condiciones prácticas de su carácter, y las de su imaginación poco apta para elaboraciones poéticas, á la inversa de los griegos, no han tenido jamás un sistema mitológico propiamente tal como estos, ni han llegado á una Cosmogonía como la de Hesiodo, á un conjunto legendario propio como el que supone la Iliada, ni aun á la trama inverosímil de acciones de los dioses que tejen Esquilo, Eurípides, Píndaro, etc. Todo lo que en este sentido aparece en los mitos romanos es de importación helénica y ajena al modo de ser primero de los itálicos, cuya religiosidad se traducía en la observancia del culto y de las normas legales y ceremoniales, más bien que en idealidades estéticas ó leyendas de mera fantasía. El Panteón romano, pues, y el Panteón griego tienen muy diverso aspecto y desinvolvemento diverso. El Panteón griego está caracterizado por el *antropomorfismo*, que invade por completo la mitología helénica suma de los cultos particulares de las antiguas tribus griegas reducidos después al sistema unitario del Olimpo en la forma de un politeísmo brillante, sin apenas reconocer las divinidades

problemas del origen del hombre y del mundo, y á estudiar la naturaleza de las divinidades admitidas; razones *históricas*, que movían á examinar la verdad de los hechos atribuidos á los dioses, sus genealogías respectivas y el conjunto de la vida real que les era atribuida; razones, finalmente, de carácter *social*, que obligaban á pensar en la educación popular y en principios de religiosidad racional sancionada por un criterio sano y legítimo, constituyeron el conjunto de alicientes para fijar los procedimientos exegéticos de los antiguos en la materia.

La *exégesis mitológica* de la antigüedad, ofrécesenos bajo dos formas principales: 1.º, el sistema de la *alegoría*, que es el más antiguo de todos, y sobre la base del simbolismo niega el sentido literal á los mitos, considerándolos como de formación refleja para expresar en forma sensible verdades abstractas; 2.º, el sistema del *evhemerismo* ó histórico, el cual consiste en

abstractas que invaden la mitología latina. El Panteón romano, por el contrario, presenta en su forma originaria una oposición absoluta al antropomorfismo, con una tendencia grande al culto de seres abstractos (la *Fortuna*, la *Fama*, etc.) que más que individualidades son simplemente *fuerzas ó poderes (numina)*, sin formas concretas, sin genealogías y sin leyendas. Sólo al contacto con la mitología griega en los varios períodos de la mitología romana, entra ésta á participar de las tendencias de aquella, por una asimilación obligada, que transformó parte de sus divinidades, é hizo desaparecer en gran número las no transformables. De aquí que en los primeros tiempos de Roma no se conociesen las imágenes de los dioses, y que no existiesen teogonías.

Para noticias más amplias sobre mitología griega y romana pueden verse, entre otros, y dejando aparte los tratadistas antiguos: Schwengk, *Mythologie d. Griechen, Römer*, etc.; Gshard, *Griechische Mythol. — Römische Mythol.*; Welcker, *Griechische Götterlehre*; Preller, *Griechisch. Myth.*; Hartung, *Relig. u. Mythologie d. Griechen*; Maury, *Hist. des relig. de la Grèce*; Decharme, *Mythol. de la Grèce ant.*; Preller, *Römische Mythologie*; Hartung, *Die Religion d. Römer nach den Quellen dargestellt*; Klaussen, *Die italisch. Volksrelig. unter dem Einfluss d. griechisch.*; Usener, *Italische Mythen*, y recientemente (1902) Wissowa, *Relig. und Kult. d. Römer*. Véanse asimismo los *Prolegomena zu einer wissenschaftl. Mythologie* de K. O. Müller, la *Mythol. des peuples aryens* (trad. Baudry) de Cox, los *Diccionarios* de Smith, Pauli, Jacobi y Noel, así como el *Manual* completo y metódico de Stoll.

considerar las narraciones mitológicas como relatos históricos con colorido poético, sustituyendo la realidad común al conjunto de lo maravilloso é imaginario en que aparece envuelta. Aunque con precedentes antes de Evhemero, fué éste quien en los tiempos alejandrinos sistematizó el procedimiento con su obra *Ἱερὰ ἀναγραφή*, colección de *inscripciones sagradas* que aquel presentó como recogidas en los templos y monumentos visitados en sus frecuentes viajes. Estas inscripciones en las cuales aparecían consignados muchos datos relativos á la vida, acciones y hasta muerte de los dioses, sirvieron de fundamento á la teoría de Evhemero, según la cual estos no fueron otra cosa que héroes humanos divinizados por los hombres mismos. «Tales deos non fabulosa garrulitate, sed historica diligentia homines fuisse mortalesque conscripsit,» dijo S. Agustín.

Los dos mencionados sistemas de interpretación hanse presentado con varios aspectos y con alternativas varias. El sistema de la *alegoría* ha tenido tres fases principales de interpretación: la del *simbolismo moral*, la del *simbolismo físico* y la del *simbolismo filosófico*. La exegética del simbolismo moral halla en los tipos mitológicos los instrumentos primitivos de enseñanza religiosa y social, bien que alterados por la acción del tiempo, la influencia de las circunstancias de cada pueblo, y singularmente por las enseñanzas de los poetas. Jenófanes (1), cuyos argumentos sobre la unidad de Dios recuerda Aristóteles, y cuyos conceptos sobre el politeísmo helénico utiliza bien Clemente Alejandrino, no duda inculpar á Homero y á Hesiodo de haber atribuido á las divinidades todo lo que aun para los humanos es vil y deshonroso:

Πάντα θεοῖς ἀνέθηκεν Ὀμηρος θ' Ἡσιόδός τε
Ὅσα παρ' ἀνθρώποισιν ἐνείδευα καὶ φόγος ἐστίν.....

(1) Este mismo filósofo refiriéndose á la formación del antropomorfismo mitológico, escribe estas palabras que trae Clemente Alejandrino (Strom. I. V): «Los hombres fueron sin duda alguna los fabricantes de los dioses, y son los que á semejanza suya los han dado de sentido, voz y cuerpo. Si por ventura los bueyes ó los leones tuviesen manos con que supiesen pintar y hacer lo que hacen los hombres, pintarían también imágenes de los dioses dándoles forma corpórea en un todo semejante á la suya; los caballos semejándolos á caballos, y los bueyes á los bueyes.— Ἴπποι μὲν θ' ἵππουσι, βόες δε τε βοῶσιν ὁμοία.—

A Pitágoras se le atribuyen apreciaciones semejantes; y de conformidad con ellas, refiere Diógenes Laercio la leyenda que dice haber visto aquel filósofo el alma de Hesiodo y de Homero en el infierno, la del primero rechinando, atada á una columna de bronce, la del segundo pendiente de un árbol rodeado de serpientes, una y otra castigadas por las doctrinas de los mencionados poetas acerca de los dioses. El mismo Laercio refiere que Heráclito consideraba á Homero y Arquíloco indignos de ser leídos públicamente y merecedores de ser azotados — ἐκ τῶν ἀγῶνων ἐκβάλλεσθαι καὶ ῥαπίζεσθαι.— No de otra suerte discurre Epicuro ponderando lo erróneo de las creencias populares sobre las divinidades, ocasionadas por los que debieran encauzarlas por el camino de la verdad.

Por lo que hace á Platón, en varios lugares de sus obras alude á la influencia de los poetas en fomentar el error común; singularmente en los libros segundo y tercero *De República* habla muy explícitamente contra las blasfemias y falsedades religiosas de las obras poéticas, señalando entre las fábulas *mayores*, esto es, como más inverosímiles, las inventadas por Homero y Hesiodo: Οὕς Ἡσίοδος τε καὶ Ὅμηρος ἡμῖν ἐλεγέτην καὶ οἱ ἄλλοι ποιεῖται. οὗτοι γὰρ που μυθους τοῖς ἀνθρώποις ψευδεῖς συντιθέντες ἔλεγον τε καὶ λέγουσι.—

La exegética del *simbolismo físico* á su vez halla en el Panteón mitológico, más que alegorías morales, representaciones de las fuerzas de la naturaleza y de sus principales fenómenos. Así entre los pitagóricos no faltaron quienes han considerado á los dioses como personificaciones de elementos naturales, v. gr., del *aire*, del *agua*, de la *tierra*, del *fuego*, etc. Por eso dijo Stobeo:

Ὁ μὲν Ἐπίχαρμος τοὺς θεοὺς εἶναι λέγει
Ἄνέμοῦς, ὕδωρ, γῆν, ἥλιον, πῦρ, ἀστέρας

Con igual procedimiento concretaba en cuatro divinidades la representación de los *cuatro elementos*, según las palabras que le atribuye Plutarco:

Τέσσαρα τῶν πάντων ριζώματα πρῶτον ἄκοε'
Ζεὺς ἀργῆς Ἥρη τε, φερέσβιος ἦδ' Ἄϊδωνεύς,
Νῆστις θ' ἢ δακεύοις τέγγει κροῦνωμα βρότειον.

La exegética del *simbolismo filosófico* pretende que el con-

junto de creaciones mitológicas tenga su origen en la personificación primitivamente convencional ora de los principios primeros de los seres, explicados con las teorías cosmológicas, ora en las especulaciones intelectuales y principios abstractos, cuyo conocimiento se intentase hacer asequible en formas sensibles. Así cuando Anaxágoras, p. ej., dice que Júpiter no es otra cosa que el *espíritu* y Minerva el *arte* — νοῦν μὲν τὸν Δία, τὴν δὲ Ἀθηνᾶν τέχνην — señala el carácter de las personificaciones á que venimos aludiendo dentro de la exégesis del simbolismo filosófico. Reuniendo en una sola sobre un fondo histórico las tres formas dichas de exégesis alegórica de la mitología, presentó Creuzer en los tiempos modernos su sistema hermenéutico de los mitos, en la célebre obra *Symbolik und Mythologie d. alten Völker*, según el cual la mitología fué un simbolismo de las más altas verdades religiosas y morales importadas por los sacerdotes del Oriente y transmitidas mediante la iniciación en dichas verdades, para la enseñanza popular.

El sistema de *exégesis histórica* ó de Evhemero ofrece tantos aspectos cuantas son las series de personalidades históricas ó de hechos que han querido verse reproducidos en la mitología. Vosio, intentando reducir las divinidades paganas á personajes bíblicos con su tratado *De Theologia Gentili et Physiolog. Christiana*; Huet, en la *Demonstratio Evangelica*, pretendiendo descubrir á través de los mitos no sólo personajes bíblicos, sino pasajes de la Escritura suficientes para demostrar por medio de la historia pagana la autenticidad del Antiguo Testamento; Bochart, trazando en su *Geographia Sacra* un extenso paralelo entre los Patriarcas y los personajes míticos para llegar á conclusiones análogas á las de los anteriores; Bannier, asegurando en *La Mythologie et les fables expliq. par l'histoire*, que en las narraciones mitológicas despojándolas de los ornamentos poéticos está patente la verdadera historia primitiva; G. Croesus con su *Homerus Hebraeus*, Gladstone con la *Juventus mundi*, Moreau de Jones con *Les temps mythologiques*, y, omitiendo otros, E. Hoffmann con los *Mythen aus Wanderzeit*, etc., representan el evhemerismo en sus varios aspectos y matices.

El sistema de la *alegoría* fué el sistema favorito de los

neoplatónicos, mientras el de Evhemero lo fué especialmente de los estoicos. Entablada la lucha entre el paganismo y el cristianismo, los apologistas cristianos sirviéronse en general del evhemerismo, que proporcionaba en la vida histórica de los dioses elementos valiosos para impugnar á los paganos con sus propias armas; éstos por el contrario, procurando poner á sus divinidades al abrigo de los reproches de todo género y de las críticas tan severas como legítimas del cristianismo, trataron de refugiarse en las interpretaciones *alegóricas*, y reducir así á figuras retóricas el conjunto ridículo y execrable de la historia mitológica. Ya Marco Tulio (*De nat. deor.*, I) recordaba con indignación que por obra de Ennio, el traductor latino del libro de Evhemero, se había introducido en mal hora la doctrina de éste en Roma. Decaído el sistema de la *alegoría* con la desaparición del paganismo, volvió por un momento á florecer con el Renacimiento y con la reacción del neoplatonismo de aquella edad, para quedar luego supeditado al sistema de exégesis *histórica*, preferida entonces, como en los tiempos de Clemente Alejandrino, Arnobio, Lactancio, etcétera, por los apologistas del catolicismo. Renovadas en el siglo XIX las dos escuelas hermenéuticas, de la *alegoría* y de la *historia* en los mitos, ninguna de ellas consiguió imponerse como norma exclusiva, y puede decirse que la lucha que en la materia sintetizan la citada *Simbólica* de Creuzer (1810-12) y la *Antisimbólica* de Voss (1826), con más el *Aglaophamus* de Lobeck (1829), señala la última etapa de los exclusivismos de sistema dentro de antiguos moldes, los cuales, sin embargo, sólo se abandonaron para ser reemplazados por la serie todavía más insegura de exclusivismos de la crítica filológica aplicada á la mitología.

Estaba, en efecto, reservado á la Filología comparada, después de las múltiples alternativas de evhemerismo y simbolismo, ensayar un nuevo procedimiento tan original como atrevido, en el cual por un momento cifraron los filólogos sus esperanzas todas, sin reparar en que el nuevo sistema, amén de otros defectos radicales que no le permitían ser largo tiempo viable sin restricciones, presentábase como doctrina no menos exclusivista que las anteriores, lo cual en el asunto complejo de las religiones, hacía desde luego tan dis-

cutibles sus conclusiones como aparecían las de las teorías precedentes.

Sobre el postulado de que las divinidades antiguas son simples metáforas objetivadas y lenguaje figurado que acabó por tomarse como lenguaje propio, á cuyas imágenes se le atribuyó una realidad personal, levantóse el aparatoso edificio de la Mitología comparada en el cual las significaciones de las llamadas raíces de las palabras y los orígenes históricos y etimológicos de éstas se hicieron entrar en mil vistosas pero calculadas combinaciones á los fines que se perseguían. Fué «una verdadera caza á los mitos,» como dijo de Harlez, en la cual á través de equivalencias verbales y etimologías enlazadas, cada cual trató de señalarse por su sagacidad en dar con un nuevo mito ignorado y sorprender una transformación desconocida. Las divinidades, pues, de la antigüedad ariana vinieron á convertirse en palabras cuya primaria significación quedó oscurecida. «La mitología, dice uno de los principales adeptos de la teoría, M. Müller, no es más que un dialecto, una antigua forma de lenguaje.»

La causa inmediata y base al mismo tiempo del nuevo procedimiento hermenéutico está, no es menester decirlo, en la Filología comparada, ante la cual la Mitología comparada no vendría á ser más que una desviación lingüística con colorido psíquico-religioso acentuado é individualizado á través de los pueblos, según el carácter de éstos, no de otra suerte que aconteció con los idiomas derivados de un tronco común. Como la Filología comparada hizo desaparecer los antiguos usuales conceptos de formación de palabras y lenguas, la Mitología comparada propúsose hacer olvidar el concepto tradicional de las divinidades, reemplazando á los sistemas que desde el clasicismo venían imperando en una ú otra forma; y á la manera que la Gramática comparada estudió las familias de idiomas, y unió glotológicamente romanos y griegos, celtas, eslavos, germanos y arios asiáticos, así el nuevo método de interpretación mítica, pretendió estudiar las familias de religiones europeas reuniéndolas en un solo centro primitivo, común con el de las mismas lenguas arias. Ni los griegos ni los romanos ni los demás pueblos arios inventaron su lenguaje, que sólo vaciaron en los moldes de índole y condición pecu-

liar al separarse del tronco común; de igual suerte no inventaron sus religiones respectivas, traducciones solamente heredadas del lenguaje primitivo ario, y ajustadas al espíritu de cada pueblo con el transcurso del tiempo y el olvido de las significaciones primitivas.

Dos son, pues, los principios más generales para el desenvolvimiento del método planteado, tal como se nos ofrece en sus comienzos:

1.º La creación mítica es creación lingüística, producto del lenguaje figurado y de la tendencia natural humana á objetivar sus actos imaginativos. «Lo que fué metáfora un día, decía Sainte-Beuve, se convirtió luego en divinidad.» «Lo que se aplica á la etimología, escribe M. Müller, con la misma verdad se aplica á la mitología.» «Los mitos están en el lenguaje, afirmaba Kuhn, y la polionimia y omonimia son los principales factores de ellos.» «Creemos seriamente, declara Breal, que si fuese posible conocer el idioma hablado por el primer grupo de hombres de cada raza, la naturaleza de los dioses que adoraban nos sería revelado por los nombres que les daban, y el simple enunciado de los mitos sería su mejor explicación.» De aquí la célebre fórmula: *Nomina numina*, que ya Burnouf aceptaba como un axioma.

2.º A la manera que las lenguas arias tienen un centro peculiar y privativo, las creencias mitológicas de los arios, son también propias de ellos, regidas por normas exclusivas y formadas sin intervención de otras civilizaciones, de suerte que si por su origen y su historia están alejadas de ajenas influencias, no podrá buscarse la explicación de dichas creencias más que dentro de ellas mismas y del campo de su expansión histórica, siendo ilegítimo todo paralelismo con doctrinas extrañas al tronco de la familia lingüística mencionada. De aquí la aspiración única y constante á penetrar los secretos de la mitología *védica*, para columbrar las fórmulas religiosas primitivas de los arios, cuyos vestigios pretenden descubrir con el auxilio, sobre todo, de la *etimología* comparada. «Oh si poseyésemos una traducción *inteligible* del Veda!» exclamaba Otf. Müller en sus *Prolegomena* á una mitología científica, y repetía años después M. Müller, viendo todavía en el Rig-Veda «un libro cerrado con los siete sellos.» «Una cosa pode-

mos ver claramente, escribe el profesor de Oxford en sus *Nuevas lecciones sobre la Ciencia del Leng.*, y es que el lugar ocupado en la glotología por el sánscrito, como el más primitivo y el más transparente de los dialectos arios, será ocupado en la ciencia de la mitología por el Veda y su sistema religioso tan primitivo también y tan transparente. En los himnos del Rig-Veda poseemos aún el último capítulo de la verdadera teogonía de las razas arias... Allí, en el Veda la Esfinge de la Mitología deja aún escapar algunas palabras que traccionan su secreto, y él nos muestra que es el hombre, que es el pensamiento humano y el lenguaje humano combinados, que ha producido natural é inevitablemente esa extraña amalgama de fábulas antiguas, que ha puesto en perplejidad á todos los espíritus pensadores desde Jenófanes hasta nuestros días.»

Pero sentados tales principios y elevadas á categoría de axiomáticas estas afirmaciones, que de una manera más ó menos explícita pero indudable, reconocieron los promovedores y adeptos primeros de la Mitología comparada, restábaseles inquirir la razón próxima generadora de los *simbolismos* glotológicos, y el principio real por donde comenzó la serie de transformaciones de la palabra en divinidad.

En este punto, de necesidad absoluta y de donde debiera brotar la luz toda con que esclarecer los problemas que se trata de discutir para la consolidación del sistema, comienza la serie poco menos que interminable de disconformidades y desavenencias, que sólo sirven para aclarar y poner de todo relieve la inestabilidad de la doctrina y la falta de bases del conjunto de la teoría. Convienen generalmente los partidarios del sistema que venimos exponiendo en reconocer como una doble mitología aria, debido á la doble orden de su causalidad que encuentran; uno de estos órdenes de causalidad está en el *sentido interno*, del cual ha nacido la metempsicosis, la religión de los muertos y de la vida de ultratumba con sus temores y esperanzas, fundamento para no pocos de la vida de familia y de la ciudad; el otro orden de causalidad está en la *percepción externa* de donde proviene la mitología objetiva que da forma humana á las fuerzas personificadas de la naturaleza. Esta mitología objetiva da y recibe á la vez ele-

mentos de la subjetiva; pero en ella se concentran en todo caso los fenómenos principales de la actividad religiosa, y á dicha objetividad se refieren en especial las discusiones que aparecen suscitándose en la materia. Son la mitología que representa el enigma de la muerte y lo que representa el enigma de la vida universal, dos aspectos de una misma religiosidad que constituyendo dualismo persistente en toda la antigüedad, viven á expensas de mutuas influencias inevitables en la realidad histórica de las creencias humanas.

Clasificando las opiniones principales en la materia, podemos distinguir los sistemas *naturalistas*, ó sea los que señalan como causa inmediata y objeto al mismo tiempo de símbolos y personificaciones subsiguientes, la naturaleza y sus fenómenos, motivo de admiración y de alegorías para los arios primitivos. Al lado de estos sistemas, el *ritualista ó litúrgico*, que hace resaltar la importancia mítica de la ofrenda y del sacrificio, cuya idea encuentran á través de toda la mitología védica, y cuya personificación han sido los mitos en su origen, para terminar ellos mismos por ser objeto de culto; la naturaleza hubo también de representarse como símbolo de un sacrificio universal, donde el altar era el firmamento, la lluvia las libaciones, fuego sagrado el sol, é himnos todos los ecos que se levantan de la tierra y los mismos que el cielo produce en el retumbar del trueno. Tal es la teoría iniciada por Bergaigne y seguida por muchos otros que como el maestro, convierten alternativamente los conceptos religiosos védicos en una especie de *cosmogonía litúrgica* y en un ritualismo místico, por *contaminación* de la idea del *sacrificio* y la tendencia de las gentes primeras al *enigma* y al *simbolismo*. La labor de Bergaigne consiste principalmente, como él escribe (en *La Religion Védique d'après les hymnes du Rig-Veda*, III), en tres ideas: «las dos primeras son las de la contaminación litúrgica y el gusto por las imágenes incoherentes rayanas en paradojas, así como por el enigma propiamente dicho; la última implica una reacción enérgica contra la tendencia á multiplicar indefinidamente los sentidos de una misma palabra.»

Los sistemas *naturalistas* formaron dos secciones principales. Una la de los que pretenden que el origen de los mitos está en los *fenómenos regulares* de la naturaleza, como la al-

ternativa del día y de la noche, en la sucesión periódica de las estaciones, etc. Esta teoría á cuya cabeza figura M. Müller, llamóse también *solar*, porque en el sol y sus efectos inmediatos coloca la idea madre de toda la mitología, haciendo á los dioses *solares* casi en su totalidad (1). Otra es la de los *fenómenos no periódicos y extraordinarios*, en la cual desempeñan el principal papel las alteraciones atmosféricas, las nubes, las tempestades, el rayo, el trueno, etc. Es la teoría que se dijo *meteorológica* y que defendió A. Kuhn contra la de M. Müller. Lo que en la primera opinión era el día, la luz, la aurora, es en la segunda tinieblas, obscuridad y borrascas (2).

Contra la corriente *conservadora* de las metáforas primitivas y de una mitología propiamente étnica y privativa de la familia aria, levantóse el *radicalismo* innovador de Gaidoz y A. Lange, verdadera antítesis de las enseñanzas anteriores, é inversión de sus principios. No ven estos, como escribe Regnaud sin propósito de seguirlos, en los orígenes sino una materia primera indivisa y caótica, sin historia ni geografía, una suerte de nebulosa nacida de los sueños confusos y fantásticos de pueblos en la infancia. Ninguna ligadura entre estos sue-

(1) «El nacer y ponerse del sol, escribe el prof. de Oxford en su cit. *Ensayo de Mit. comp.*, el turno perenne del día y de la noche, la oposición de luz y tinieblas, todo este drama con todas sus particularidades que se representa cada día, cada mes, cada año, en el cielo y sobre la tierra, ha aquí lo que yo considero como el principal sujeto de la mitología primitiva. Pienso que la misma idea de la potencia divina tuvo origen en la sorpresa con que los predecesores de la gente aria contemplaban las potencias luminosas (*deva*), que nadie podía explicar de donde venían ni adonde caminaban... Juzgo que el retorno sucesivo de los fenómenos ha sido la condición indispensable para que fuesen elevados al grado de los inmortales, por medio de la mágica fraseología mitológica.»

(2) «Las nubes, dice Kelly exponiendo á Kuhn, la lluvia, el relámpago, el trueno, eran los espectáculos que conmovían más que ningún otro la imaginación de los primeros arios... Los hombres de la primera edad no cesaban de contemplar con gran solicitud las admirables alteraciones meteóricas tan irregulares, tan misteriosas en el originarse, y de efectos tan prontos y palpables ya en provecho, ya en daño para la vida ó fortuna de los que los presenciaban. Por esta razón venían descritos con tan grande copia de imágenes, que ellos fueron el principal fundamento de todas las mitologías y de todas las supersticiones indo-europeas.»